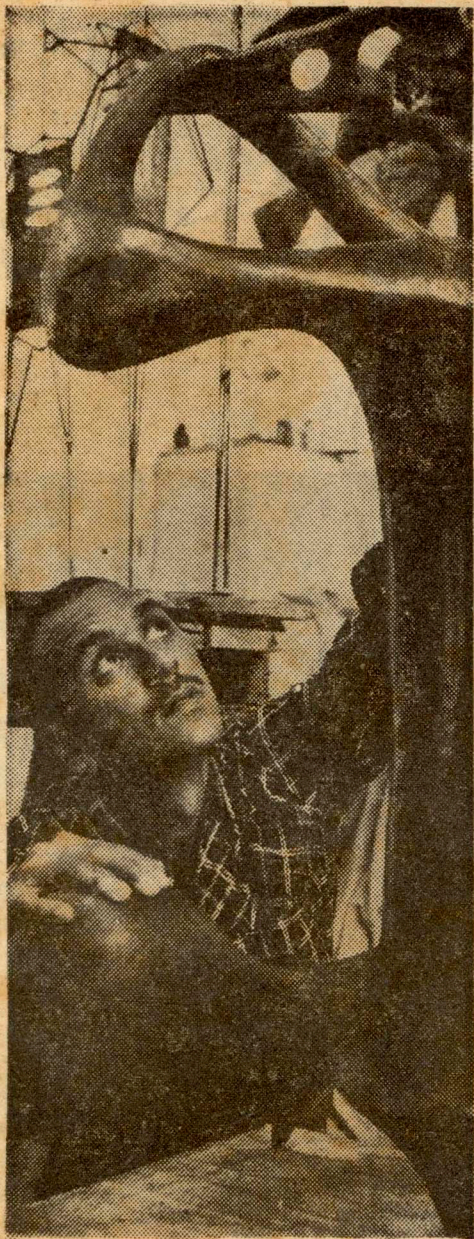


Roca Rey Y la Materia Vacía de Materia

Texto de Sebastián Salazar Bondy

Fotos de Miguel Hituishi



ROCA REY BUSCA EL MISTERIO EN LAS FORMAS



EL TALLER ES EL CAOS INICIAL DE DONDE SURGE LA OBRA DE ARTE

Un escultor que no imita, sino inventa.

En la persona de Joaquín Roca Rey, el más destacado escultor de las jóvenes generaciones de artistas peruanos, hay características que transmitidas a las materias que maneja se revelan como definidoras. Una cierta delicadeza humana, una cierta ternura que fluye de lo profundo con toda naturalidad, se encuentran en la conducta cotidiana de este creador, cuyo nombre ya pronuncian con respeto los críticos de fuera. Si se quiere, por ello, definir la esencia de su obra, bien vale el calificativo de cordial. Cordial, en el sentido estricto del vocablo, como procedente del latido íntimo que mueve Roca Rey, como quería Vallejo, "del corazón a los asuntos", de lo hondo a lo externo, de lo invisible individual a lo visible común. He ahí, conforme la fórmula de Baudelaire, la "operación mágica" del artista plástico, que arranca de sí una repentina u obsesiva iluminación intuitiva, algo inconcreto y abisal, y lo convierte en cosa, y en cosa nueva.

Porque es hacer cosas nuevas—"nouvelles réalités", al decir de los franceses— a lo que aspira todo artista, todo poeta, que por su índole taumaturgica rechaza cualquier servilismo a los modelos de la naturaleza inmediata. No hubo ni habrá creador que se resigna a copiar el contorno del mundo sin dar a su obra el soplo de la vida oculta que en su interioridad bulle. De ahí que Roca Rey diga que "la escultura se proyecta así, recuperando la magia y su misterio, vacía de materia, pero llena de espiritualidad

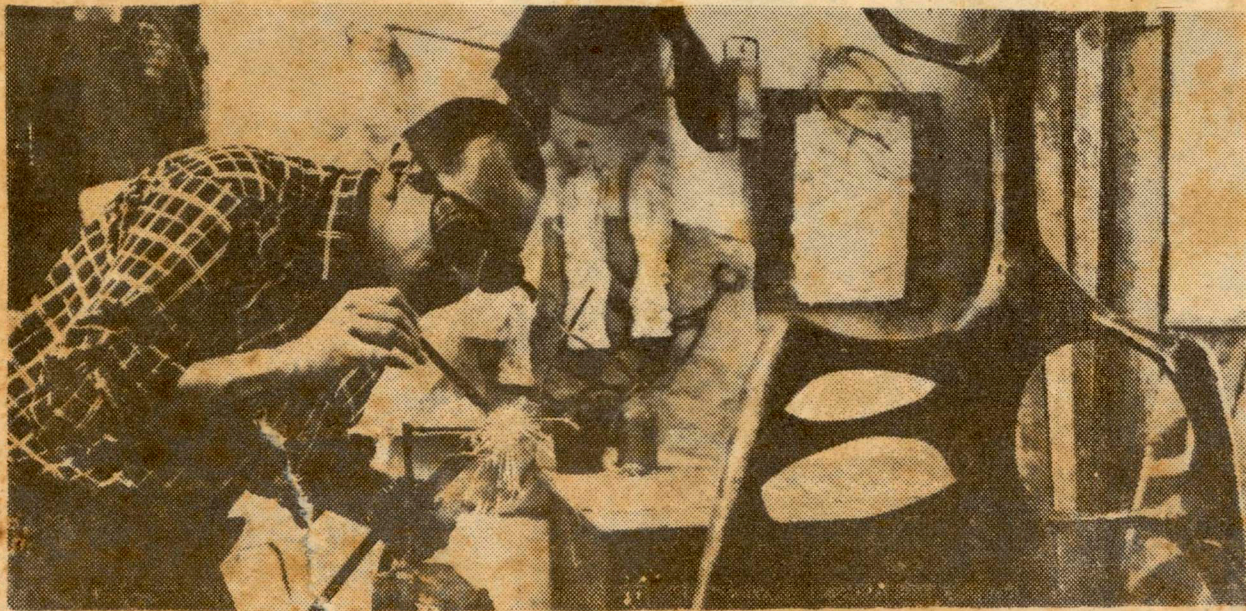
y sugestión, ligera y transparente de forma, que se complementa con el paisaje y la arquitectura". ¿Vacía de materia la materia misma? He allí el impulso audaz, que intenta paradójicamente rescatar el espíritu por lo que se considera su contrario. El sueño humano —la poesía, que es el instrumento triunfante de ese sueño— ha sido siempre la superación del conflicto entre una afirmación y una negación sofocantes, y su testimonio es infinito: desde el trazo primitivo en el muro de caverna hasta la combinación polícroma de los lienzos que hoy se apartan de la figuración. Es decir, cientos de novedades sin antecedentes en la pedestre realidad que los sentidos nos muestran.

Pero Roca Rey sabe que el lenguaje del arte de todos los tiempos no es sólo formal. En la estética de los clásicos ya se hablaba de que el estilo procedía del contenido. Y el contenido, que fermenta en la hondura del creador, como la esencia en la retorta del alquimista, no puede ser sino particular, propio, único. La apariencia puede prestarse, robarse, imitarse, mas no el fondo. "Hay —afirma Roca Rey—, tiene que haber, una forma que nos exprese, que resuelva nuestro enigma artístico, que sea peruana, sí, pero expresada en un lenguaje universal, que sea comprendida en cualquier latitud, porque los hombres vivimos cada día más cerca unos de otros..." En la evolución de la escultura contemporánea, a cuya hermosa libertad el público no está tan habituado como a la de la

pintura o la arquitectura, el ascenso ha sido rectilíneo, pero los que han contribuido a ella, ahondando en sí mismos y en lo que es plural, son de aquí y allá: Brancusi, Julio González, Gabo, Noguchi, Oteyza, Moore. A enriquecer esa serie acude, con su peculiar impronta, Roca Rey. Se trata de estar, al mismo tiempo, en la humanidad y en la instancia privada, resolviendo con la obra otra contradicción tan angustiosa como la anterior.

No veremos, por eso, en la exposición de Roca Rey —mañana, en el Instituto de Arte Contemporáneo, inaugurada su sexta exhibición limeña, antes de partir a Washington, donde tendrá lugar su undécima muestra en el extranjero— esculturas que aludan a nuestro folklore, nuestro paisaje o nuestro rostro nacional, sino piezas en las cuales, por virtud de un artilugio —nunca mejor que aquí esta expresión de prestidigitador—, se expresa la voz más entrañable y austera de un artista peruano. Se ha afirmado arriba que la nota más saltante de la personalidad de Roca Rey era su fuerza cordial —esa fuerza cordial que llega entre nosotros, en el culto al amor o la amistad, como decía Borges a propósito del criollo, a la genialidad sentimental—, y ella es, por cierto, también la nota fundamental de sus creaciones. Cuando elabora personajes, no hay en ellos nada feroz. Conforman, por el contrario, una encantada comunidad, así como en la soledad son dulces, amables, levemente melancólicos o apasionadamente entusiastas. También en las obras puramente plásticas, sin alusión directa al hombre, hay una especie de candor que tiene una implícita referencia a los sentimientos. ¿Cómo no ver todo un símbolo familiar en aquella admirable composición con llaves, en la que cierta táctica presencia nos toca de cerca y adquiere en nosotros resonancias puras y gratas? No importa que el artista no se haya propuesto comunicarnos lo que le interpretamos en esta o en otras esculturas si, al conjuro de ellas, la materia inerte vive y trasunta un espíritu.

La finalidad es esa precisamente: animar con un alma lo que es yerto, poner en el fondo de lo que es inexpresivo y mudo la elocuencia sutil del ídolo, transmitir a través de los volúmenes y los vacíos un mensaje imposible de proclamar de modo distinto. Romper, en suma, la convención que constriñe al hierro a ser sólo hierro, a la madera sólo madera, al aire sólo aire, en un acto que evoca la vitalidad de todo por la intervención de la fantasía, ese instrumento de alto conocimiento que la chata vida diaria atrofia. Afortunadamente hay quienes sortean el peligro, y con pérdida de todos los privilegios que procura la actividad práctica, sacrificando el éxito mundano, se entregan a cultivar aquel residuo divino que el hombre trae a su habitación terrena. Roca Rey ha mantenido su fe en el destino angélico de la criatura humana, y defendiendo siempre su vocación (fue actor de radioteatro cómico para sobrevivir, y ello no varió su riqueza interior), arribó a su meta. El secreto es simple y complejo: mantuvo limpio eso que Shakespeare llamaba "corazón central", y que en su persona y en su obra continúa siendo manantial de generosidad allí y de belleza acá. Obra cordial, que gana al que se acerca a ella como quien, de pronto, descubre en el mundo ya conocido un objeto inesperado y necesario, flor, crepúsculo, amor...



SE TRATA DE RECUPERAR EL ESPIRITU OCULTO EN LA MATERIA INERTE, Y ASÍ CREAR REALIDADES NUEVAS Y POÉTICAS.